

yugo se encuentran mal avenidos, ni habria derecho público ni sociedad posible. La misma Inglaterra, tan amante de lo que ahora se llama principio de las nacionalidades, condenaria una exageracion autonómica, cuyos efectos fueran sin duda desbaratar sociedades constituidas y reposadas, para crear casi siempre agrupaciones turbulentas é inseguras.

¿Quién debe traer la Romanía á la obediencia legítima? En nuestro juicio, un Congreso europeo lo decidirá: la historia de Francia en este punto no puede ser mas brillante: siendo república, apagó el incendio revolucionario en la ciudad eterna; siendo imperio, ve que la revolucion cunde en los Estados pontificios: parece que el camino está trazado. Pero hoy no es el interes de Francia el único excitado en esta gran cuestion; se halla excitado el de todos los países católicos, y todos contribuirán á la gran obra. Roma en las presentes circunstancias recibirá beneficio de todos, porque á todos lo ha dispensado en otros tiempos, á la manera del Océano, de quien son tributarios, y en cuyo seno confluyen los rios, porque es á la vez el padre de sus aguas.

El Soberano Pontifice no puede hoy ceder, porque no es dueño de sus dominios; es depositario de un patrimonio que trasmirá íntegro al sucesor en la silla de San Pedro: no con la for-

taleza de la debilidad, como muchos dicen, sino con la fortaleza de la justicia, los Pontifices han resistido siempre. Pudieron los obispos ingleses, dice un gran sabio, entregar la Iglesia católica á Enrique VIII, y los de Suecia á Gustavo Wasa, y los de Rusia á Pedro I; muchos sacerdotes han sucumbido al temor ó á la esperanza: jamás un Pontifice Romano. No está lejana la historia de Pio VII: las cenizas de Pio VII reposan en el recinto de San Pedro, y las de Napoleon hallaron triste sepultura en una roca del Atlántico: hé aquí una de las solemnes ocasiones en que el tiempo se encuentra con la eternidad.

VII

Combatiendo la permanencia de la Santa Sede en Roma, escribia en una ocasion el mas elocuente de los oradores demócratas de nuestra patria estas poéticas frases acerca de la Ciudad eterna:

« Roma, vestal sagrada que guardó el fuego de la vida humana; Roma, gran conquistadora, que ató á su carro de triunfo todas las razas; Roma artista, que unió el eco de la lira de Grecia con el acento del arpa de Oriente; Roma, inspirada maga que fué arrojando en el misterioso círculo de su panteon todos los dioses y todos los simbolos re-

ligiosos creados por la inquieta actividad humana; Roma, reina de las gentes, que ungió con el óleo del derecho todos los códigos, y dió la forma de su hogar á la familia, la forma de su municipio á los pueblos, la forma de su arquitectura á los templos, la eterna forma de su palabra á las ideas; Roma, que durante el último término de la historia antigua amasó con la sangre vertida en sus mil batallas el nuevo cuerpo de la nueva humanidad, que habia de recibir de la palabra cristiana un nuevo espíritu.... »

Estas mismas poéticas frases, ligeramente comentadas, serán el primer argumento contra la soñada traslación de la cátedra santa á Jerusalem.

Roma, la vestal sagrada que guardó el fuego de la vida humana, habia de ser con el tiempo, y fué y será la vestal sagrada que guarde el misterioso fuego de la vida espiritual. Roma, la gran conquistadora que ató á su carro de triunfo todas las razas, habia de ser, y fué y será la gran conquistadora, que no ya á nombre de las razas, sino á nombre de la santa unidad creada por el catolicismo, llame á todos sin diferencia de origen, ni de sexo, ni de condicion: *venite ad me omnes*. Roma artista, que unió el eco de la lira de Grecia con el acento del arpa de Oriente, habia de ser, y fué y será la gran maestra y guardadora de la belleza, que uniendo en feliz armo-

nía la idea de Oriente y la forma de Occidente, da vida á la estética, y abre á las artes inmensos y desconocidos horizontes. Roma, inspirada maga que fué arrojando en el misterioso círculo de su panteon todos los dioses y todos los símbolos religiosos creados por la inquieta actividad humana, habia de ser y es la destinada á providencial depósito de la doctrina que ahuyentó los falsos dioses y deshizo los símbolos paganos, como el sol ahuyenta con su luz las tinieblas y derrite con su calor la nieve de las montañas. Roma, reina de las gentes, que ungió con el óleo del derecho todos los códigos y dió la forma de su hogar á la familia, la forma de su municipio á los pueblos, la forma de su arquitectura á los templos, la eterna forma de su palabra á las ideas, habia de ser y es la reina de las ciencias, la santa cátedra de las verdades eternas, sin las cuales los códigos no existirían, ni sería posible la familia, ni las nociones del deber regularían la marcha de las sociedades, ni las altísimas ideas de Dios y humanidad se explicarían en la gran palabra, en el VERBO, que era en el principio y por quien son desde el principio todas las cosas. Roma, que durante el último término de la historia antigua amasó con la sangre vertida en sus mil batallas el *nuevo cuerpo* de la nueva humanidad que habia de recibir de la palabra cristiana un *nuevo espí-*

ritu, era en los destinos de la Providencia la señalada para realizar la obra; y la nueva humanidad brotó: no humanidad nueva por razon de la carne, que UNO es el género humano en Adam y UNO en Noé; sino nueva por razon de la gracia: no *nuevo el cuerpo*, sino *renovado el espíritu*.

Si pues habia en el mundo una gran ciudad que tales timbres contaba, ¿qué mas pudo hacer el cristianismo en medio de su pobreza, de sus persecuciones, de su explícito anatema á lo entón-ces existente, de su predicacion vigorosa contra la sensualidad que roía las entrañas del imperio, contra el ciego despotismo que subvertia la idea del mando, contra la imprudente rebelion que trastornaba la idea de obediencia; qué mas pudo hacer que dirigirse desde luego á la ciudad de las maravillas, á la que encerraba en su seno todos los dioses, y allí, pobre y abatido, declarar batalla contra todos los dioses y vencerlos, oponerse á los vicios de los hombres, propagar la verdad, y lavar con la sangre de sus mártires aquel suelo manchado por la abominacion? Y el cristianismo, que convirtió la vestal del fuego de la vida en vestal del fuego del espíritu, la Roma depositaria de todos los dioses y desconocedora de Dios, en adoradora del Dios verdadero; la reina de las gentes por obra de sus legiones, en Reina de los espíritus por obra de su doctrina; la Roma de los

siervos sacrificados como cosa, en la Roma de los pobres elevados á la dignidad de hermanos de JESUCRISTO; la Roma del concubinato y del repudio, en la Roma del matrimonio; la Roma de los perpetuos rencores, en la Roma de la caridad evangélica; el cristianismo que tales portentos obró tomando posesion de la residencia misma de los Césares, de la cabeza del mundo, sin mas armas que la palabra, sin mas aparato que la cruz, ¿podrá ser en justicia despojado del primero y mas brillante y decisivo de sus trofeos? No sabemos cuál espectáculo seria mas digno de fijar la consideracion de los sabios, si San Pedro en Roma bajo Neron, ó Pio IX combatido á nombre del catolicismo, y á nombre del catolicismo desterrado á Jerusalem.

Decir que Jerusalem es para los modernos católicos no romanos un tema de bellisimas imágenes y de brillantes rasgos de imaginacion, fuera hablar de lo excusado. Contemplan aquellos campos sombríos, aquella ciudad solitaria; oyen el monótono rumor del torrente Cedron; aspiran el aroma de los campos de Nazareth; comprenden el misterio de las brisas en que se mece la palma de Cadés; recorren los venerandos sitios de la Pasion, aquellas gloriosas etapas del cielo marcadas con la sangre del Cordero; respiran en fin aquella atmósfera de santidad; y su corazon se dilata

y exclaman llenos de entusiasmo: «esta es la mansion del Pontifice; aquí deseamos ver al Padre de los cristianos.»

Un poco de calma, y la razon se abrirá camino entre las nebulosidades de la fantasia. Los católicos no romanos atribuyen á la ciudad de Jerusalem un destino exclusivamente religioso; pero es un destino religioso que conviene determinar. Para el estudio de la humanidad en sus grandes relaciones religiosas y sociales, es preciso dividir los pueblos en dos grupos: pueblos anteriores al cristianismo, que caen al otro lado de la Cruz, y pueblos que caen á la vertiente acá del Calvario: reina en los primeros, por punto general, como ya hemos tenido ocasion de decir, el politeismo; mas hay uno que es providencial depositario de la verdad, que adora al Dios único, pueblo escogido por el Eterno para instrumento de inmensas maravillas: la patria de este pueblo es el Asia; su gobierno, tambien queda ya indicado, varia desde el patriarcado á la teocracia; de la teocracia á los jueces; de los jueces á los Reyes. La capital y corte de esta monarquía es Jerusalem, la ciudad de los misterios, la ciudad de las profecias: allí edificó Salomon el templo: allí se realizaron sucesos que imprimen honda huella en la manera de ser del universo. Allí cerca está el Calvario: desde allí se abrieron á la humanidad las puer-

tas de la gloria. El pueblo hebreo, por decreto de la sábia Omnipotencia, quedó desde entónces, no aniquilado sino disperso. La mision del pueblo hebreo no está cumplida: convertido en perdurable huésped del género humano, sirve de testimonio vivo á los profetas. La mision de la ciudad santa tampoco está cumplida: solitaria, triste, convertida, puede decirse, en un inmenso monton de ruinas, realiza trascendentales vaticinios: Jeremias la vió y la lloró en el mísero abatimiento en que yace hoy: diez y ocho veces ha presenciado su ruina el pueblo hebreo, y todavía ese pueblo ora con los ojos vueltos á Sion: el misterio de los israelitas, extranjeros en su propio suelo, y el misterio de la ciudad se identifican. Jerusalem es el gran monumento de la idea religiosa; el camino del Sinai á Jerusalem fué humedecido con las lágrimas de los profetas: el camino de Jerusalem á Roma fué regado con la sangre de los mártires. Reedificar hoy el templo de Jerusalem para convertirlo en el gran centro del catolicismo y en silla del Supremo Pastor, seria poner las manos en una obra cuyo plazo no ha llegado todavía. Si de la tésis oriental y de la antítesis occidental resultó la magnífica síntesis romana, ¿á qué fin el empeño de desglosar lo que los siglos han engranado? ¿A qué fin contrariar las leyes de la historia, en cuyas páginas aparece la ciudad de Roma como

destinada á muy altos misterios, como destinada á simbolo constante de una idea contra la cual es impotente el genio de la revolucion? ¿A qué fin quitar á Europa un calor que al huir la dejaria sin vitalidad, y no llevaria la vitalidad al Asia?

VIII

El Papa, dice la revolucion, no puede permanecer en Roma; el Papa en Roma impide la unidad italiana. ¿Pero de qué unidad italiana nos habla la revolucion? ¿Están ya en feliz inteligencia Nápoles y el Piamonte, Toscana y Venecia, los conquistadores y los conquistados, los monárquicos y los republicanos? ¿Ha llegado el caso de que todas las provincias italianas se acerquen, se estrechen las manos, y solo aparezcan interrumpidas por el territorio que el Pontífice gobierna? ¿A nombre de qué unidad se declara imposible la permanencia del Papa? ¿Y es este el respeto que se profesa á la independencia de los pueblos, y es esta la manera de entender la *autonomía*? La unidad de Italia, tal como nos la van describiendo algunos de sus adoradores, se parece mucho á los eternos sueños de ambicion con que eternamente están maltratando la veneranda memoria de Gregorio VII y de Inocencio III.

El Papa, que segun los anti-romanos no pue-

de permanecer en Roma, tampoco puede ir á ninguna *extraña nacion*: no hay otro recurso sino que vaya á Jerusalem: es el único modo de garantizar su independencia. Los anti-romanos no hallan en Roma al Pontífice todo lo independiente que fuera de apeteer; pero al despedirlo para Jerusalem tal vez no recuerdan que no son una, ni dos, sino varias, y no todas católicas, las naciones que se disputan aquellos santos lugares: comprendemos que estas consideraciones son de escasa monta, si se las compara con la conveniencia de que la Santa Sede salga de Europa en premio de haber sembrado y desarrollado en Europa los gérmenes de la civilizacion. Ni se crea que los adversarios de Roma hacen cuestion de gabinete que sea Jerusalem la residencia precisa del Pontífice; tampoco repugnarían Antioquia, ni Constantinopla, ni alguna ciudad del Indostan: al cabo, todo lo mas que puede ocurrir es que Europa se hiciera protestante, y los Pontífices recibieran el martirio allá en tierra de drusos, ó de turcos, ó de indios: la palma del mártir dice muy bien con el báculo del Pastor. Prueba de que los adversarios de Roma no están muy léjos de declarar cuestion libre la cuestion de la residencia pontificia (no fijándola, por supuesto, en Europa), es que cuidan de encarecer la idea de que la localidad no es dogma de fe.

En efecto, no es dogma de fe la localidad; pero nadie ignora que por providencial disposición San Pedro fué á Roma, y allí se veneran sus huesos y los de San Pablo; y allí se estableció la Cátedra Santa, y allí se llevaron las más preciosas reliquias de la cristiandad; y allí se erigió en fin el gran centro de la doctrina católica sobre las ruinas del que había sido centro de la doctrina pagana. San Pedro en su primera Epístola aplica á Roma el nombre figurado de Babilonia: *salutat vos Ecclesia quæ est in Babilone*: San Juan, en el Apocalipsis, la designa más de una vez con el mismo nombre, caracterizándola de un modo que solo á ella puede convenir, pues habla de su imperio sobre todos los pueblos, de su crueldad para con los cristianos, y de las siete colinas sobre que descansa. El destino providencial de Roma, la grandeza de la doctrina católica brillando en la ciudad misma que había sido centro y escuela de todos los errores, el contraste elocuentísimo que forma en la serie de los siglos la Roma de los Pontífices con la Roma de los Césares y de los héroes, son verdades que nadie desconoce, que todos acatan, que la Escritura y la tradición y la historia presentan como irrefutables.

«Pero Roma, nos dice el orador ya citado, tuvo una gloriosa vida bajo el paganismo. En sus cenizas se siente palpar el corazón de sus hé-

roes; en sus ruinas se ven flotar las sombras de sus dioses; en sus tumbas se oyen gemir las antiguas generaciones; en sus árboles murmurar los antiguos genios de las selvas; en sus auras y sus fuentes sonar el cántico sensual, ardoroso de sus primitivos poetas; y al pié de sus altares aun brilla el bajorelieve en que el cincel antiguo dejaba el Fáuno entre flores ó la Náyade en su concha; concierto de recuerdos que con sus profanas armonías turba al creyente que va á buscar en Roma el bálsamo tansolo de la verdad religiosa.»

Tranquílense los poetas católicos anti-romanos: diez y nueve siglos de verdad han desgastado ya los relieves de la mentira pagana: esa palpación de los héroes, y esas sombras de los dioses, y los genios de las selvas y las fuentes, y el dibujo del Fáuno y de la Náyade trastornan ya muy pocos cerebros, y estamos por asegurar que no arrebatan un solo espíritu á la comunión católica: ¿habría por ventura quien prefiriera semejantes niñerías de Náyades y Fáunos á los admirables cuadros que allí ostenta el arte cristiano, á las edificantes imágenes, á las magníficas esculturas, y sobre todo á las sombrías Catacumbas donde el peregrino se abisma y todo viajero se inclina con respeto? Epocas ha habido en la historia de la humanidad y del arte, á contar desde los primeros siglos de la Iglesia, en que las

corrientes del gusto han propendido al paganismo, de un modo más ó ménos alarmante; épocas en que la mitología ha llamado hácia sí la atención de la muchedumbre de los sabios y de los artistas; en que han recibido, por último, un culto exagerado los modelos de la Grecia politeísta y de la Roma gentil; y sin embargo, ni en esas épocas siquiera han turbado al creyente, peregrino en la Ciudad eterna, las profanas armonías del paganismo. La Roma católica, que no es enemiga de la belleza, ántes bien la favorece y fomenta; la Roma católica, que noblemente ha aceptado y protegido todo cuanto no se opone á las verdades eternas y á la moral purísima de la doctrina cristiana, conserva los monumentos del arte antiguo sin temer su silenciosa influencia, los conserva con esmero para bien y legítimo progreso de las ciencias estéticas en la moderna Europa. Hay, pues, quienes afectan tener miedo á la sombra del paganismo que puede vagar por Roma, y no afectan tenerlo á la realidad de la barbarie que vaga por Asia y acaba de ensangrentar las montañas del Líbano y las orillas del Jordan. Mediten entre uno y otro peligro, y hallarán el segundo mas grave y mas imponente.

De la calidad de Roma antigua se quiere hoy deducir que no es residencia conveniente para el Pontificado; y San Leon Magno en un magnífico

sermon pronunciado sobre la tumba de San Pedro, dedujo de la misma calidad una consecuencia enteramente contraria: «esta ciudad, decia aquel gran Papa, que dominó á casi todas las gentes, fué á su vez dominada por los errores de casi todas las gentes: cuanto mas tenazmente habia sido ligada por el diablo, tanto mas admirablemente fué rescatada por Cristo.» Y el poeta cristiano Próspero escribia en los tiempos de San Agustin:

*Sedes Roma Petri quæ pastoralis honore
Facta caput mundo quidquid non possidet armis,
Religione tenet.*

El vulgo, que es depositario de grandes verdades prácticas, sostiene y repite como un proverbio secular, que ESTA BIEN SAN PEDRO EN ROMA. No olvidemos nunca este proverbio del vulgo.